



17

Dios lo resucitó: nosotros somos testigos

1. EL FRACASO DE JESUS

Juzgado y condenado legalmente, excomulgado por los religiosos de su pueblo, expulsado y rechazado por sus compatriotas, Jesús queda absolutamente solo en su estrepitoso fracaso. Pero hay más: Dios tampoco parece defender su causa. Hasta él lo ha abandonado.

San Marcos pone en boca del crucificado agonizante las palabras del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». ¿Será verdad que Jesús no es el rostro humano de Dios? ¿Será verdad que Dios no está de parte de la causa del hombre? Exteriormente, en aquellos momentos, todo parece indicar que es así.

Lo que había comenzado en Galilea, en frase del historiador Tácito, «era una detestable superstición que quedaba de momento eliminada». Todo prometía seguir igual. La rebeldía de Jesús no había servido para nada. Jesús, como mucho, sería uno más de los hombres honrados que murieron después de haber presentado, con el texto de los salmos, su queja y su protesta a Dios:

«Nos haces el escarnio de nuestros vecinos,
irrisión y burla de los que nos rodean.
Nos has hecho el refrán de los gentiles,
nos hacen muecas las naciones...
Por tu causa nos degüellan cada día,
nos tratan como a ovejas de matanza.
Despierta, Señor, ¿por qué duermes?»
(Sal 44)

«Se me rompen los huesos
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan:
¿Dónde está tu Dios?».
(Sal 42)

Es el grito de los explotados, de los pobres, de los oprimidos, para los que no existe ningún futuro. Jesús hace suyo este grito de rebeldía. Pero Dios calla. Este silencio de Dios refuerza la incredulidad de los discípulos: no es con Jesús con el que habrá de romperse el círculo de hierro de tantas opresiones.

2. LO INESPERADO

Sin embargo, inesperadamente las cosas cambiaron. Nuevamente con palabras de Tácito: «Aquella detestable superstición creció de nuevo, no sólo en Judea, donde había nacido, sino incluso en Roma». Y los discípulos de Jesús siguen afirmando, aún hoy, que el crucificado vive y que cuenta con el respaldo de Dios. El crucifijo, símbolo de un hecho inicialmente desastroso para el cristianismo, ha llegado a ser signo de triunfo.

¿Qué tuvo que suceder para que se pueda hacer semejante afirmación? Los discípulos dispersos se congregaron y una especie de «explosión inicial» puso en marcha la iglesia. Se pueden citar razones religiosas, psicológicas y sociales para explicarlo, pero por sólo estas circunstancias históricas la causa de Jesús tenía muy pocas probabilidades de seguir en pie. La rotundidad del fracaso había sido evidente: Jesús probaba su mensaje en su persona y también en su persona había sido negada su validez. Su medicina salvadora no era tal. Con él muerto, sus ideas o ideales no podían transmitirse separadamente de su persona, como puede hacerse, por ejemplo, con las ideas de Sócrates.

La incredulidad inicial, la obstinación, las dudas, las burlas, la resignación y el miedo no pudieron impedir esta confesión: «Dios ha resucitado a este Jesús, de lo que somos testigos todos nosotros» (Hch 2, 32). La actitud reservada y crítica que se mantiene al principio y, sobre todo, la disposición a morir si fuese preciso por mantener la verdad de esta

experiencia, hablan en favor de la credibilidad de los discípulos.

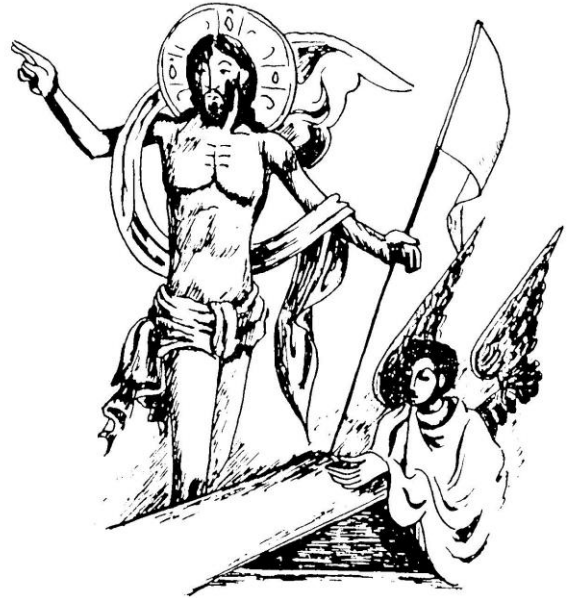
Pero, ¿qué se quiere decir al afirmar que Jesús ha resucitado? ¿Qué sucedió realmente? ¿Qué sucedió históricamente? ¿Resucitó Jesús de manera efectiva y corporal? ¿Es un dato fidedigno que en la mañana del primer día de la semana se encontró vacío el sepulcro?; ¿fue un suceso histórico o sólo una experiencia visionaria, casi epidémica, de los discípulos? ¿Se trata, tal vez, de un acontecimiento absolutamente mítico? La importancia de la resurrección de Jesús suscita todos estos interrogantes y otros derivados de éstos.

3. EL CONCEPTO DE RESURRECCION

Es preciso eliminar primero las representaciones falsas de lo que se intenta expresar con la palabra «resurrección» referida a Jesús de Nazaret. No estará de más recordar que no se trata de una reviviscencia o retorno a la vida anterior para disfrutarla con la misma calidad que antes tuvo, y al cabo de cierto tiempo morir definitivamente, como podría ser el caso del resucitado Lázaro. Jesús no solamente vive, sino que ha sido exaltado, ya no muere más y la calidad de su vida es, valga la frase, infinita y plena.

Tampoco nos referimos a la inmortalidad del alma o a cualquier otro tipo de inmortalidad espiritual y simbólica, algo así como que Jesús vive en los que siguen su estilo de vida o en la fuerza transformadora de su palabra. Mucho menos lo concretamos a un ser inmortal por la fama o el recuerdo de los hombres. Todo lo anterior es verdad, pero lo que la fe cristiana afirma va más allá. Lo que se atestigua es que *Jesús ha superado la muerte y la limitación de la necesidad, para vivir en la libertad con una forma de vida plena en calidad y cantidad*. Ha sido exaltado, ha ascendido a la derecha de Dios, ha sido glorificado: son otras tantas maneras de decir que ha resucitado. En distintas formas se quiere expresar el «paso» de la situación anterior, comparable a la esclavitud de Egipto, a una nueva situación de libertad en la que se realiza la plenitud humana. La nueva y

definitiva «pascua» se ha dado ya en la persona de Jesús, primogénito y primicia, parte y símbolo de todos los humanos. El es por tanto el primer nacido de entre los muertos (Col 1, 18; 1 Cor 15, 20) y el comienzo de una nueva creación o mundo nuevo. Por lo sucedido en él, saben los hombres que sus esperanzas más profundas pueden tener y tendrán cumplimiento.



4. COMO SUCEDIO

La resurrección de Jesús no es un hecho histórico en el sentido en el que lo son otros datos de su vida terrena en Palestina. Quienes saben lo que es la investigación histórica comprenden que la resurrección, siendo lo que es, no se puede comprobar con argumentos históricos. El acontecimiento de la resurrección, como tal, no se nos describe en ninguna parte y nadie asegura haber contemplado el hecho. De lo que sí se habla es de sus consecuencias y de su proclamación.

Histórica es, sin embargo, la fe pascual de los primeros discípulos, es decir, su convicción subjetiva refrendada por su disposición a dar la vida si fuera preciso para mantener que Jesús vive. Recordemos que mártir significa «el que atestigua» y que fueron muchos los que lo hicieron a costa de su eliminación física.

Sin embargo, los apóstoles no proclamaban la resurrección del Señor como una mera



convicción personal suya o como una conclusión que todos ellos habían sacado de los acontecimientos vividos, sino que la anunciaban como un acontecimiento real que le había sucedido a Jesús, y que probaba claramente que él era el Cristo. Su credo más corto queda encerrado en esta palabra: Jesucristo. Su interpretación de los hechos ha llegado hasta nosotros, pero la verdad del contenido de sus afirmaciones no podemos conocerla por métodos históricos. ¿Cómo llegaron los discípulos a esta convicción? ¿Eran unos crédulos aficionados a milagrerías?

5. LOS TESTIMONIOS ESCRITOS

Dos son los modelos para hablar de Jesús después de su muerte empleados por la iglesia primitiva: uno, el de la exaltación o glorificación y otro, el de la resurrección. Los dos tienen el mismo contenido, pero resaltan diferentes aspectos.

En el esquema de glorificación, se usa el simbolismo de lugar: Jesús pasa de una existencia abajo en la tierra a otra arriba en el cielo. Así se subraya la distinción entre la vida terrena de Jesús y su vida gloriosa. Las cartas a los filipenses y las primeras a los corintios y tesalonicenses usan este esquema. San Lucas habla en dos lugares distintos de la ascensión de Jesús a los cielos (Lc24, 50-53 y Hch 1, 9-11) y sorprende en sus divergencias entre los dos textos. Es evidente que Lucas no ve ninguna contradicción entre sus dos versiones, porque su interés se centra en el tránsito de Jesús desde este mundo al mundo de Dios, que es un proceso invisible relatado en forma de arrebatado visible. Su interés es fundamentalmente teológico y de contenido más que de narración.

En el esquema de resurrección, el simbolismo usado es el del tiempo: Jesús pasa de una existencia anterior a su muerte a otra distinta después de ella. Se pone el acento en que el crucificado es la misma persona que ha resucitado.

Dos son también los puntos de apoyo en los que los discípulos basan su cambio de actitud: el sepulcro vacío y las apariciones. Nadie vio la resurrección. Sólo el evangelio apócrifo de

Pedro (150 d. C.) narra cómo Cristo resucitó ante los guardianes y los ancianos judíos, pero la iglesia nunca lo reconoció como canónico, porque era consciente de que no se podía hablar así de la resurrección de su Señor.

A lo largo de los discursos de los apóstoles contenidos en el libro de los Hechos y entre las reflexiones de algunas cartas de san Pablo se hallan unas fórmulas, generalmente muy cortas, que llamamos confesiones de fe. Son textos presumiblemente anteriores a la composición de los evangelios. La más destacada de estas confesiones de fe la encontramos en la primera carta a los corintios. Dice así: «Os transmití ante todo lo que yo había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado y que ha sido resucitado al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció...» (1 Cor 15, 3-5).

6. EL SEPULCRO VACIO

La tradición del sepulcro vacío se debió formar en Jerusalén. La predicación allí no hubiera sido posible si el cuerpo de Jesús se hubiese podido encontrar todavía en el sepulcro. Ningún adversario en polémica con los cristianos negó nunca este punto. Unos afirmarían que lo habían robado los apóstoles y otros mantendrían la teoría (D. Whitaker) de que lo habrían hecho los violadores de tumbas. Además, para la antropología bíblica, cualquier forma de vida, incluso la de Jesús resucitado, implicaba la presencia del cuerpo. Sin embargo, ningún evangelista utiliza el sepulcro vacío como prueba de la resurrección de

Jesús. El dato es ambiguo. Únicamente a partir de las apariciones concedidas a testigos escogidos, el sepulcro es un signo o indicio que habla a todos y los invita a la fe, pero no conduce todavía a ella. La fe en la resurrección no tuvo su origen en el descubrimiento del sepulcro vacío ni en el testimonio de las mujeres, sino en las apariciones a los apóstoles.

7. LAS APARICIONES

Cualquiera que los lea con detenimiento, observará que es imposible armonizar los distintos relatos de apariciones; quizá por ser

tradiciones que circulaban de forma autónoma no pueden ser unidas sin una cierta violencia literaria. Los relatos no pretenden ser una crónica periodística, sino afirmar que Jesús se ha dejado ver por sus discípulos. La palabra aparición sugiere con facilidad algo fantasmal, cuando en realidad queremos decir que los apóstoles experimentaron un encuentro con Jesús vivo después de su muerte. Ellos han tenido esta experiencia personal. ¿En qué consistió exactamente? La redacción de los evangelios nos la presenta como una presencia real y carnal de un Jesús que come, camina, dialoga e incluso es tocado por ellos. Un Jesús que lleva siempre la iniciativa. El se deja ver y a los discípulos sólo les queda el reconocerle. Aunque no podamos precisar el carácter concreto de esta experiencia, el hecho de distinguir entre los que han visto y por eso creen y aquellos que creen sin haber visto confiere a las apariciones una realidad distinta de la mera visión imaginativa o la simple experiencia interior. No es la fe de la primera comunidad la que crea o inventa la resurrección, sino la resurrección la que se encuentra en la base de esa misma fe.

8. QUE SIGNIFICA PARA NOSOTROS HOY

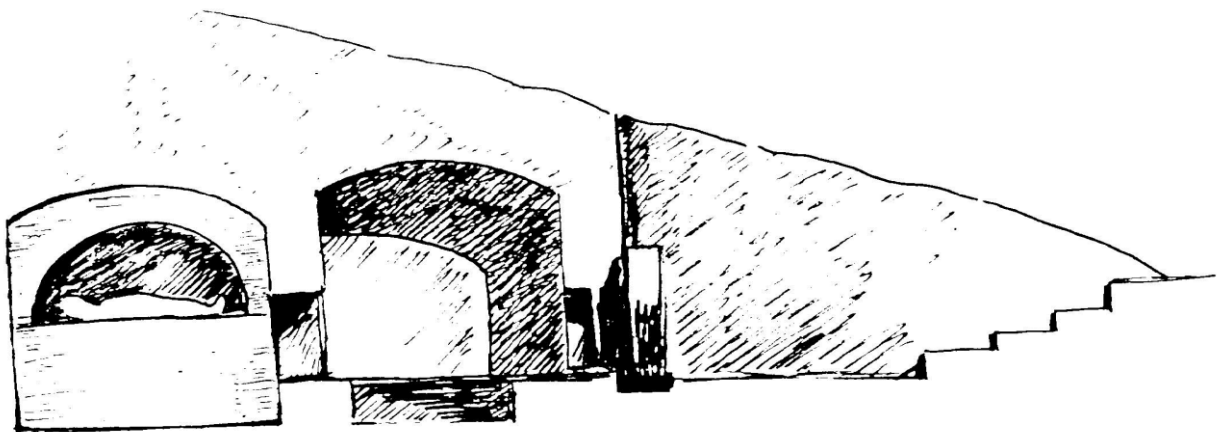
Jesús posee un significado determinante para nosotros porque resucitó. La hierba no creció sobre su tumba. Si no hubiera resucitado, nuestra fe no tendría ningún contenido y seríamos los más alienados de todos los

hombres. Así razona Pablo en el capítulo 15 de su primera carta a los corintios. Pero sólo por la fe podemos conocer nosotros el hecho de la resurrección.

La resurrección nos dice que el rostro de Dios que presentó Jesús es el auténtico y que efectivamente su causa es la causa del hombre y, más en concreto, la de los pobres. Así no es un sinsentido vivir y morir para los otros y para Dios, como lo hizo Jesús de Nazaret. El verdugo no triunfa sobre la víctima, ni el mal sobre el bien, ni la muerte sobre la vida.

La piedra que desecharon los constructores resultó ser la imprescindible piedra angular. El reino que no pudo concretarse por el rechazo ambiental ha tenido ya una completa realización al menos en la persona de Cristo llegado a plenitud y portador de una liberación completa y, como tal, gracia de Dios. Es la realización de la utopía humana ahora en Jesús como primicia y luego en todos como total cumplimiento (2 Cor 4, 14). Las más hondas aspiraciones del hombre se pueden cumplir y se cumplirán. Hay alguien que ha vencido ya la limitación humana. Un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia son posibles (2 Pe 13). El hombre conoce cuál es su meta. No la posee en la realidad todavía, pero ya la tiene en esperanza.

Por su resurrección, Jesús continúa animando entre los hombres su lucha liberadora. Todo crecimiento verdaderamente humano, todo lo que signifique auténtica justicia en las relaciones sociales, todo lo que





implique aumento de vida constituye una forma de actualizar y anticipar la resurrección y de preparar su plenitud futura.

Jesús es el Cristo, el que el hombre necesita. Jesús es la palabra que da sentido a la existencia. Jesús es el único camino.

BIBLIOGRAFIA

- W. Trilling, *Jesús y los problemas de su historicidad*. Herder, Barcelona 1970, 169-191.
- G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret*. Sígueme, Salamanca 1975, 192-198.
- W. Kasper, *Jesús, el Cristo*. Sígueme, Salamanca 1984, 151-174.
- J. Drane, *Jesús*. Verbo Divino, Estella 1984, 84-96.
- Ch. Duquoc, «*Jesús, hombre libre*». Sígueme, Salamanca 1978, c. 6.
- Varios, *Exégesis bíblica*. Paulinas, Madrid 1979, 151-177.
- L. Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre*. Cristiandad, Madrid 1981, 34; 144-159; 487-535.
- E. Charpentier, *¡Cristo ha resucitado!* Verbo Divino, Estella 1976.
- J. Guillet, *Las primeras palabras de la fe*. Verbo Divino, Estella 1982.
- U. Wilckens, *La resurrección de Jesús*. Sígueme, Salamanca 1981.
- Consiliarios C. V. X. Berchmans, *Jesucristo*. Sal Terrae, Santander 1981, 109-126.
- «Concilium», n. 60 (1970).
- «Communio», n. 1/80; 111/80; 1/82.
- «Cuadernos de oración», n. 6. Narcea, Madrid 1983.
- «Imágenes de la fe», n. 72.

AUDIOVISUALES

- Resucitó*. Tres Medios, 60 diap. 13' 43".
- La gran noticia*. Claret, 80 diap. 30'.
- Esto hay que celebrarlo. COE, 60 diap. 16'.
- Ocho personajes ante la resurrección*. CCS 2 cassettes.
- Rafael de Andrés, *Jesús, hombre nuevo*. Paulinas.

ACTIVIDADES

A. Sin creencia en una vida que trascienda la presente, un más allá, ¿opinas que debería cambiar el comportamiento de las personas en cuanto al amor, la solidaridad, la justicia, etc.? Por qué sí o por qué no.

¿Qué entiendes por resurrección de Jesús? ¿Una especie de milagro que sólo le afecta a él, en el mejor de los casos?

Si de verdad existiesen los reyes magos, ¿qué deseos tuyos querrías que se cumpliesen? (se entiende deseos profundos) ¿Qué cosas opinas que desean todos los hombres de todos los tiempos?

¿En qué cosas notas que el hombre es un ser inacabado, no pleno, que aspira a la plenitud? Muerte, deseos, limitaciones, etc.

¿Qué queremos decir al hablar de realización plena del hombre?

B. ¿Qué se pretende decir con la palabra «resurrección» referida a Jesús de Nazaret? ¿Por qué la resurrección de Jesús no es un hecho histórico que se pueda demostrar experimentalmente?

¿Cuáles son los principales esquemas que usa el Nuevo Testamento para formular la resurrección de Jesús? ¿Cómo interpretar el dato del sepulcro vacío y las apariciones? ¿Qué consecuencias tiene la resurrección de Jesús para el cristiano de hoy?

C. Componer un artículo en estilo periodístico dando la noticia de la resurrección de Jesús y sus consecuencias.

D. Realizar un comentario de texto incluyendo impresiones y opiniones personales sobre el siguiente fragmento de J. Domínguez:

«Jesús había reunido a su alrededor un grupo de proletarios, casi todos del campo y de la pesca, galileos. De este grupo, los más adictos eran alrededor de un centenar. Y de entre éstos hubo doce a los que él escogió y fueron llamados «Los doce».

La muerte de Jesús sumió a estos hombres y mujeres en la desesperanza, en el desencanto y



en el miedo. Era fácil que no se contentasen con cortar la vida a Jesús, el líder del grupo, sino que persiguiesen y represaliasen también a sus seguidores, al menos a los más destacados.

Todo empezó a cambiar cuando un grupo de mujeres vino diciendo que Jesús había resucitado. Poco a poco le fueron viendo todos y creyeron.

El hecho histórico de la vida y muerte de Jesús de Nazaret ha adquirido resonancia mundial porque hubo unos hombres que corporativamente creyeron que había resucitado.

Tuvieron una profunda experiencia religiosa individual y comunitaria: vieron vivo a Jesús.

Es indudable históricamente que el grupo tuvo la evidencia individual y colectiva de que Cristo vivía. Sólo así se explica el salto de la incredulidad a la fe, de la desesperación a la esperanza, del miedo a la audacia y al desprecio de la vida.

Estos hombres y mujeres forman una corporación de testigos del resucitado y presentan la resurrección de Cristo con las siguientes características:

a) Es el acontecimiento clave. Representa para el mundo entero un momento histórico crucial. Es la irrupción de algo totalmente nuevo y definitivo. Se abre de par en par una dimensión nueva y permanente. Quedan francas todas las posibilidades del ser humano. Se ha abierto a todos los hombres por igual una nueva vida, como realidad y como posibilidad.

b) Es el acontecimiento que da su sentido último al hombre y al mundo, abriéndole definitivamente al misterio de Dios.

c) Es el acontecimiento salvador. La redención total, que únicamente llega con la victoria sobre la muerte.

d) Es un acontecimiento revolucionario. Algo que rompe con el pasado y abre las perspectivas del futuro del hombre.

e) Este acontecimiento es el comienzo de un proceso que se pone en marcha. Pero este proceso no se mantiene en marcha por sí mismo. Lo comenzado tiene que proseguirlo el hombre, convertido en colaborador de Dios.

f) Este proceso ya había sido abierto desde que Moisés salvó al pueblo esclavo de Egipto.

Toda la experiencia liberadora de un pueblo, contenida en la biblia hebrea, es asumida e interpretada desde Cristo resucitado».

E. Divididos en cuatro equipos que se ocuparán respectivamente de Mc16, 1-8; Mt 28, 1-8; Lc24,1-12 y Jn 20, 1-10, contestar cada uno de ellos a estas cuestiones sobre las diversas redacciones del «sepulcro vacío»: 1) día y hora; 2) ¿quién fue allí; 3) finalidad; 4) ¿qué vieron?; 5) diálogo; 6) reacción; 7) testigos del sepulcro vacío; 8) testigos de la resurrección.

Posteriormente, escribir los resultados en un cuadro sinóptico cuya columna vertical primera sean las 8 preguntas y las siguientes las que correspondan a cada evangelista.

Comparar las distintas respuestas y comentar el resultado.

F. Usando las formas del dibujo técnico, representar los planos del tipo de sepulcro que se empleaba entonces en Palestina con su entrada y diversas cámaras. Puede encontrarse un modelo en L. Grollenberg, *Panorama del mundo bíblico*. Guadarrama, Madrid 1966, 168; *Jesucristo*. Verbo Divino, Estella 1981; y otros.



PARA LA REFLEXION DE FE

A. ¿He superado una imagen infantil de la resurrección?

¿Qué concepto de resurrección observo que se tiene a mi alrededor?

¿Qué conclusiones deduzco con sinceridad y voluntad de efectividad para mi propia vida?

B. ¿A qué nos compromete la resurrección de Jesús en cuanto a los problemas de la justicia en las relaciones humanas, la promoción de la vida, la ecología, la salud, la alegría, el arte y la estética, la creatividad, el futuro, etc.?

Comentamos este fragmento de L. M. Xirinacs.

«Para descender al abismo del testimonio supremo, Jesús inventó un camino que la religión latina ha cambiado con un hábil juego de manos.

El primer paso no consiste en aprender el catecismo, sino más bien en ayudar al caído, dar pan a quien tiene hambre y casa a quien no tiene, curar al herido, acompañar al abandonado...

El segundo paso no es aprender la organización de las ideas religiosas de la dogmática medieval, ni la organización del comportamiento práctico de la moral del sistema vigente, ni la organización de la pirámide social eclesial del derecho canónico. El segundo paso es luchar para cambiar la propia vida y la de los demás para que haya una sociedad justa y armónica. Quien tenga dos panes, que dé uno a quien no tenga ninguno. Quien tenga dos carreras, que enseñe gratis una a quien no tiene ninguna...

El tercer paso es la libertad total. No es bautizarse con agua, comulgar con pan, decir los pecados en un confesionario, recibir del obispo un golpecito en la cara. Es lavarse del orgullo de casta, de grupo, de clase, liberarse de las estructuras; éste es el *bautizo*. Sólo apto para adultos. Es estar dispuesto a perderlo todo, a recibir todos los golpes y bofetadas del mundo, el hambre y la sed, la muerte, con serenidad. Esta es la *unión del espíritu*. Sólo apto para mayores. Es someterse a la más dura

autocrítica. Esta es la *confesión*. Sólo para mayores. Es comulgar con los hermanos de todo el mundo, integrando la propia vida con la de los otros para formar un solo corazón y una sola alma, una sola bolsa y un solo destino. Esta es la *eucaristía*. Sólo para adultos. En este tercer paso, los signos sacramentales ceden paso a las realidades...

Esta forma de hablar parecerá impía. Y es la más piadosa de la tierra. Todo puede llegar a ser consagrado. Ya sé que ésta es *una libertad para pocos*, de momento. Pero esto no justifica mantener engañados a muchos. Antes que esta libertad, la lucha social. Y antes que la lucha social, la bondad espontánea. Y no otros sucedáneos. Este es el camino. Esta es la fe en el «descenso a los infiernos». Sólo desde este infierno, la resurrección. Lo otro no es fe».

L. M. Xirinacs

C. A la luz de la palabra

1 Cor 15: Cristo, primicias de los que durmieron.

Lc24, 13-35: Encuentro con Jesús en la Escritura y sacramentos.

Jn 20, 24-29: Felices los que creen sin haber visto.

D. Oración, ayudados por el pensamiento de M. L. King:

«Me gustaría que alguien contase, en el día de mi muerte, que Martín Luther King trató de vivir en el servicio al prójimo.

Me gustaría que alguien dijera aquel día que Martín Luther King trató de amar a alguien.

Ese día quiero que podáis decir que traté de ser justo y que quise caminar junto a los que actuaban en justicia, que puse mi empeño en dar de comer al hambriento, que siempre traté de vestir al desnudo. Quiero que digáis ese día que dediqué mi vida a visitar a los que sufrían en las cárceles. Y quiero que digáis que intenté amar y servir a los hombres.

Sí, y, si queréis, decid también que fui un heraldo. Decid que fui un heraldo de la justicia. Decid que fui un heraldo de la paz. Que fui un heraldo de la equidad.



Y todas las otras cosas superficiales (Premio Nobel de la Paz del 64) no tendrán importancia.

No tendré dinero para dejar cuando me vaya. No dejaré tampoco las comodidades y los lujos de la vida. Porque todo lo que quiero dejar a mi partida es una vida de entrega.

Y eso es lo que os tengo que decir. Si a alguien pude ayudar al encontrarnos a lo largo del sendero, si a alguien pude hacerle ver que había escogido el mal camino, entonces mi vida no habrá sido en vano.

Si consigo cumplir mis deberes tal como debe cumplirlos un cristiano, si consigo llevar la salvación al mundo, si consigo difundir el mensaje que enseñó el maestro, entonces mi vida no habrá sido en vano».

